
ECONOMÍA SOCIAL DE MERCADO Y ECONOMÍA DE SUPERMERCADO

Introducción

Es para mí una gran satisfacción tener, una vez más, ocasión de estar aquí. La última me la proporcionó aquel gran amante del País Vasco que fue Ernest Lluch, de tan feliz memoria. Ésta la debo a la gentileza de EUROBASK, el movimiento europeísta de este país, y por ello no me parece fuera de lugar confesarme, no europeísta, sino europeo, es decir, ciudadano de una tierra y de una cultura que existen, más aún, que preexisten a nuestras culturas nacionales. En palabras del historiador Christopher Dawson:

El fundamento último de nuestra cultura no es el estado nacional, sino la unidad europea. Es cierto que esa unidad no ha logrado hasta ahora tener forma política, y es posible que no lo logre nunca; pero no por ello deja de ser una sociedad real, no una abstracción intelectual, y es sólo en esa sociedad que las distintas culturas nacionales han alcanzado su forma presente².

No deja de ser irónico observar, en estos tiempos, que Dawson fuera inglés.

Quisiera decir también, a la vista de las circunstancias por las que hoy atravesamos, que me gustaría terminar mis días en el país donde nací, y que éste siguiera siendo lo que era entonces, parte de España. Tardé mucho en darme cuenta de que no todos estaban a gusto en ella, algunos por sentirse en ella mal acogidos, pero aún creo posible, si bien cada día menos probable, que un esfuerzo más de buena voluntad por parte de todos pueda poner fin a un larguísimo período de mala convivencia.

El punto de partida de esta conferencia es una perogrullada: la organización que llamamos economía de mercado ha logrado unos resultados extraordinarios, en términos de prosperidad material; sin embargo, ese logro indiscutible viene acompañado, y no por casualidad, de profundas carencias: el mercado, se ha dicho, avanza sobre las ruinas de la sociedad. Esta observación lleva a considerar los remedios que desde antiguo se han venido proponiendo a estos males –entre ellos la economía social de mercado que figura en el título de esta charla– y vemos que se revelan hoy insuficientes. Ante esta situación les propondré pensar un poco, no *fuera de la caja*, como dicen los expertos en gestión de empresas, sino dentro de ella, a ver si ahí encontramos cosas, hoy olvidadas, que puedan servirnos de algo; veremos que para ese ejercicio nos será útil comparar la compra en un supermercado con la compra en la tienda del barrio.

Espero mostrarles, para terminar, que con las enseñanzas de esa comparación podemos empezar a construir una economía de mercado libre de los achaques de la que hoy conocemos.

¹ Conferencia pronunciada en los cursos de verano de la Universidad del País Vasco en San Sebastián el 20 de Julio de 2012.

² DAWSON, C: *The Making of Europe* (1932), p. 9.

Economía de mercado: males y remedios

El crecimiento del producto mundial de los dos últimos siglos no tiene precedentes en la historia conocida; ha venido acompañado, entre otras cosas, de un extraordinario aumento de la esperanza de vida y del nivel de educación. Esos logros no se deben sólo al desarrollo técnico, que ha permitido un crecimiento prodigioso de la productividad, sino también al hecho de tener lugar ese desarrollo en un marco institucional que llamamos economía capitalista, una variedad, como veremos más adelante, de la economía de mercado. El proceso, sin embargo, ha producido, y sigue produciendo grandes daños. Señalaremos sólo algunos, que dividiremos en dos clases, según se presten o no a ser medidos sin demasiadas complicaciones.

Entre los primeros señalaremos dos: el *aumento de las desigualdades* y la *tendencia a un desempleo creciente*. En cuanto al primero, puede uno partir del hecho evidente de que no todos los habitantes del planeta disfrutan en la misma medida de los logros de la revolución industrial, lo que produce un grado de desigualdad, también sin precedentes históricos, tanto entre países como dentro de ellos. Si bien algunos piensan que esas desigualdades se irán corrigiendo con el tiempo, son muchos –entre los que me cuento– que piensan lo contrario³.

El segundo fenómeno consiste en que a cada recuperación del crecimiento del producto en la fase ascendente de un ciclo parece que el nivel de empleo termina siendo inferior al del ciclo anterior, como si el crecimiento del producto necesitara cada vez menos mano de obra: son las llamadas *jobless recoveries*, o recuperaciones sin empleos, características de las economías avanzadas en las últimas tres décadas.

La *infelicidad* es la etiqueta que mejor conviene a la segunda categoría de daños, aquéllos que no es fácil medir con precisión: la incertidumbre producida por la ruptura, hace ya casi cuatro décadas, de un contrato social implícito, y agravada por los efectos, reales o imaginados, de la globalización; la degradación de estructuras sociales como la familiar y el desamparo y la soledad resultantes son sus elementos constitutivos más visibles.

Los remedios convencionales se dirigen sobre todo a la primera categoría de males, y podemos dividirlos en tres clases: la huída hacia delante, los paliativos y el esquema de la economía social de mercado. Los describiremos a muy grandes rasgos, deteniéndonos algo más en el último.

Una primera clase de remedios propone, como objetivo, mantener la distancia, en términos de productividad, que separa las economías avanzadas de las emergentes, y evitar así el descenso del nivel de vida, en especial de los trabajadores menos cualificados en aquéllas, que puede ser resultado de la integración progresiva de las grandes economías emergentes en el mercado mundial. Para ello se trata de mantener el liderazgo en innovación, lo que requiere un esfuerzo enorme en educación. Esta propuesta, atractiva al principio, puede tropezar con dos obstáculos: el primero es que, como no todo el mundo tiene los mismos talentos, aptitudes y disposiciones, una economía centrada en la innovación puede no ofrecer un trabajo bien remunerado a una buena parte de la población. El segundo es que el pleno empleo en una economía muy productiva puede exigir una tasa de crecimiento que termine por ser incompatible con unos recursos limitados. Observaremos que ni una cosa ni otra pueden ser consideradas como inevitables en un futuro inmediato, pero sí como riesgos a tener en cuenta.

Una segunda clase de remedios tiene la naturaleza de paliativos: reducción de la jornada de trabajo, aumento del trabajo a tiempo parcial. Son estos remedios los que vienen usándose con frecuencia en períodos bajos del ciclo, y que seguramente son insuficientes durante períodos extensos de tiempo, porque la remuneración correspondiente es más baja de lo que se estima necesario para que el trabajador pueda llevar una vida aceptable.

³ Hay una literatura muy extensa sobre este asunto. De él ofrece la obra de B. MILANOVIC, *Worlds Apart*, un panorama muy completo.

En la tercera clase situamos la propuesta de la economía social de mercado. La propuesta parte del convencimiento de que el mercado es una buena forma de organizar la actividad económica, porque posee la propiedad de eficiencia en la asignación de recursos; pero que, sin embargo, no posee la propiedad de equidad, de tal modo que un mercado en el que no es posible producir más de lo que se produce con los mismos recursos puede a la vez distribuir ese producto de modo completamente injusto. Siendo esto así, los resultados que da el juego del mercado deben ser corregidos mediante la redistribución de la renta, de tal forma que todo ciudadano pueda disponer de los recursos necesarios para llevar una vida socialmente aceptable. Esta propuesta está en la base del modelo de estado del bienestar construido por la Europa continental. Pese a su éxito, el modelo presenta dos graves deficiencias:

- la primera es que, en las economías avanzadas, el problema hoy no es tanto de supervivencia –aunque durante la crisis actual han vuelto a emerger grandes bolsas de pobreza– como de exclusión: éste es el caso, ya bastante frecuente, de quien vive, no por elección propia, al margen de la sociedad organizada, y no puede, por consiguiente, desarrollarse en su plenitud.
- La segunda es que el mantenimiento del estado de bienestar se basa en el ejercicio continuado de la solidaridad, y ésta empieza a escasear, o parece haber alcanzado un límite, como muestran las resistencias a la redistribución entre países de la Unión Europea, las protestas de las regiones más ricas de determinados países y el hecho de que la desigualdad entre ciudadanos dentro de cada país, que se había ido reduciendo mediante la imposición, se ha estabilizado, y parece incluso haber aumentado, durante las últimas tres décadas. Y es que, como se ha señalado alguna vez, una sociedad basada únicamente en la solidaridad no es viable: es una sociedad de la que todo el mundo desea escapar⁴.

Frente a los serios problemas citados al principio, las soluciones al uso parecen, quizá, no completamente equivocadas, pero sí muy insuficientes. Es posible, sin embargo, que un poco de reflexión sobre cosas cotidianas nos ayude a descubrir nuevas direcciones que permitan abordar esos problemas de forma más inteligente. Para ello les propongo el ejercicio siguiente.

Mercado y supermercado

Todos nosotros vamos al supermercado, y todos compramos alguna vez en la tienda del barrio; uno y otra son elementos de la economía de mercado, aunque quizá pertenezcan a variedades distintas de ésta. Tratemos ahora de ver qué diferencia el rato que pasamos en uno y en otro establecimiento.

Antes de empezar a comprar, nos llamará la atención ver que, en el supermercado, los trabajadores están estrictamente especializados, mientras que en la tienda es el tendero quien lo hace todo. El resultado tiene, como sabemos dos caras: la división del trabajo hace posible el aumento de la productividad, pero a costa de crear tareas más monótonas y, por consiguiente, menos enriquecedoras. Como ya había observado Adam Smith, una sociedad primitiva no es capaz de hacer muchas cosas, pero cada individuo es capaz de hacerlas todas, mientras que una sociedad más avanzada puede hacer muchas cosas, pero a costa de que cada uno de sus miembros sea capaz de hacer sólo unas pocas⁵. Pero este asunto, por interesante que sea, no es el que ahora nos ocupa.

Dos cosas caracterizan lo que un cursi llamaría la experiencia del supermercado: la primera es que en él uno se relaciona con cosas, que son el objeto de sus compras: fruta, carne o pescado, pan, cosmética, detergentes... mientras que la relación con personas es escasa, y no nos importaría que lo fuera más aún, de modo que pasando nuestras compras por una

⁴ ZAMAGNI, S.: 'Catholic Social Thought, Civil Economy and the Spirit of Capitalism', en FINN, D.K. (ed.): *The True Wealth of Nations* (2010) pp. 63-93.

⁵ *Wealth of Nations*, L.V, cap.II.

máquina pudiéramos prescindir de la presencia de la cajera. La segunda es, naturalmente, la eficiencia, en sus dos dimensiones de dinero y tiempo: a calidades comparables, el supermercado es más barato; para una compra equivalente, el supermercado me ahorra tiempo con respecto a la tienda del barrio; exijo, por último, que el valor de lo que me den se corresponda con su precio, y esa exigencia es compartida por el supermercado; si algo no me gusta, lo normal es que pueda devolverlo sin dificultad, sin que para ello haga falta que me conozcan: bastará con presentar el tique de compra.

Mi motivación básica es la misma en el supermercado y en la tienda de barrio: uno baja al colmado para comprar, no para hablar con el tendero. Y, sin embargo, mi experiencia es completamente distinta. El tendero hablará conmigo (y a veces sentiré que me está haciendo perder tiempo, aunque otras podré agradecer su conversación); me orientará en mis compras (quizá no siempre con acierto); si sabe que soy médico, o ingeniero, o incluso economista, me preguntará sobre las salidas de esas carreras, porque seguramente alguno de sus hijos estará pensando en hacer estudios. Es posible, por otra parte, que me suba la compra a casa, o que me la guarde mientras hago otros recados; y, si algún día me he olvidado el dinero en casa, no hay duda de que me fiará, algo que la cajera del supermercado tiene prohibido hacer, y lo hará precisamente porque me conoce. El tendero no puede exigirme que le ilustre, ni yo puedo exigirle que me fíe; y, sin embargo, cada uno espera que su deferencia sea correspondida de algún modo por el otro. Con el tiempo, esperaré que el tendero se interese por mis asuntos, y que me pregunte por ellos si un día me ve con mal aspecto, yo haré lo mismo con él.

Si trato de comparar las dos experiencias, seguramente concluiré que la primera es más eficiente: mayor surtido, mejores precios, menos tiempo invertido. Pero si no doy a precio y tiempo una importancia extraordinaria pensaré que la compra en la tienda del barrio tiene ventajas, nacidas precisamente de la relación personal, que en la tienda tiene un peso mucho mayor que en el supermercado. Podemos incluso decir que en la transacción ocurrida en la tienda de barrio, además del intercambio que es su objeto principal, se han creado bienes – confianza, contacto humano, sentido de pertenencia– que tienen valor, aunque no precio de mercado. Podemos observar también que nuestra relación no se basa sólo en el mismo principio que la del supermercado, que es el del *intercambio de equivalentes* (correspondencia estricta entre el valor de lo que compro y el precio que pago), sino también en el de *reciprocidad*: en la transacción hay elementos gratuitos (la información que yo doy, el crédito que me concede el tendero), que no tienen precio, pero sí valor, y yo espero que lo que doy sea correspondido, sin que tenga derecho a exigirlo. Por último, sería natural que, con el tiempo, me alegrara de saber que las cosas le van bien al tendero, de tal modo que llegara a descubrir que mi bienestar no depende sólo de lo que a mí me ocurre, sino también de lo que le ocurre a él⁶.

Vemos, en conclusión, que en el paso de la tienda de barrio al supermercado hemos ganado en eficiencia, pero perdido en otras cosas; tan acostumbrados estamos a esta situación, que ni siquiera nos damos cuenta de esa pérdida, a menos que nos esforcemos, como acabamos de hacer, en pensar en ella. Esos bienes creados nos resultan familiares; no hemos necesitado acudir más que a nuestra experiencia cotidiana para ponerlos de manifiesto. Y, sin embargo, vemos que la lógica del mercado, o, más exactamente, la lógica del supermercado, está haciéndolos desaparecer, precisamente por no concederles carta de naturaleza: han desaparecido de la lista de atributos a considerar en nuestras evaluaciones. El resultado es, naturalmente, que el supermercado se va imponiendo en detrimento de otras formas posibles, como las tiendas de barrio; y, aún peor, que ese proceso nos parece inevitable: nos resignamos a la desaparición de algo que consideramos bienes, nacidos de la relación interpersonal, que, además, se producen de forma gratuita. Preguntémosnos ahora por qué.

⁶ Los bienes creados de este modo suelen llamarse bienes relacionales. Sobre éstos, así como sobre el principio de reciprocidad, v. BRUNI, L. y ZAMAGNI, S. *Economía Civil. Eficiencia, equidad, felicidad pública*. (2007). Buenos Aires, Prometeo.

¿Qué es un individuo racional?

Hay dos razones principales. La primera es que el arquetipo de quien va al supermercado es un curioso personaje llamado *individuo*: un ente autónomo y autosuficiente, que no reconoce más interés que el propio, que se relaciona con sus semejantes siguiendo sólo los dictados de ese interés, y que, dentro del marco de las leyes, no reconoce competencia para juzgar sus actos más que a sí mismo, o si acaso, a una divinidad lejana con la que mantiene una relación directa, sin interferencias de ninguna clase. Pero este personaje no coincide más que en una pequeña parte con lo que cada uno de nosotros es en la vida cotidiana; es una abstracción, no tiene existencia real:

“Esta idea del individuo autónomo, que está en la base misma de nuestra sociedad, la sociedad que estamos dispuestos a defender con misiles nucleares es completamente mítica: tales animales no existe ⁷”.

Esta abstracción suele ser la protagonista, a menudo bajo el nombre de consumidor, de los manuales de economía, por lo menos desde el último tercio del siglo diecinueve. Sin embargo, la idea de considerar el individuo aislado como protagonista de la Historia es más antigua. Constituye, según algunos autores, el final de un lento proceso que se inicia en el Renacimiento, con figuras como Maquiavelo y Lutero, y que se perfecciona más tarde, en el terreno de la ética y de la filosofía política, con Hobbes y Locke, entre otros. Al término de ese proceso:

“la comunidad y su vida ya no son el terreno en que se desarrolla la vida moral.(...) La sociedad no es más que la arena donde se dirimen los conflictos individuales ⁸”.

La segunda razón por la que nos hemos ido acostumbrando a considerar la lógica del supermercado como la única posible reside en la reducción progresiva de la racionalidad al cálculo de la utilidad que nos reportan los bienes y servicios que en él adquirimos, y ahí sí que la economía ha desempeñado un importante papel: simplificando un poco, para la teoría económica el individuo racional debería procurar maximizar, en cada uno de sus actos, el bienestar que éstos pueden procurarle; en cada elección debería limitarse a comparar alternativas, eligiendo entre ellas la que le pareciera más satisfactoria. Esta forma de proceder no es del todo realista, ya que sabemos que muchas veces obramos, por ejemplo, movidos por la fuerza de la costumbre; pero cuando las alternativas a considerar se reducen a cantidades de bienes y servicios comparadas con sus precios, ese concepto de racionalidad resulta decididamente inadecuado. Regalar algo a alguien sin esperar contrapartida, por ejemplo, es algo perfectamente racional en el sentido ordinario del término, pero no es propio de la conducta del individuo racional de un manual de economía, ya que resulta en una cantidad de un bien menor que la que podría tener, y la satisfacción que podría proporcionar ese regalo a quien lo hace, algo puramente cualitativo y no medible, no puede entrar en el cálculo. En definitiva, reducir la persona al individuo y la razón a la capacidad de cálculo vacía la existencia humana de gran parte de su sustancia, y es natural que una sociedad basada únicamente en ambas premisas, la inexistencia de la comunidad y la reducción de la razón al cálculo, sea una sociedad en la que uno no quiere vivir.

Humanismo civil

Con esta observación no puede uno pretender privar de toda validez a esas premisas, ni negar su utilidad en muchos análisis, pero sí reconocer la existencia de otros elementos, igualmente importantes, en nuestra vida cotidiana, y de otras dimensiones, significativas, en la configuración de nuestro bienestar.

⁷ McCABE, 'On Obedience', en *God Matters* (1987) p.225.

⁸ MacINTYRE, *A Short History of Ethics* (1967), p.117.



Ese reconocimiento explícito puede llevarnos a partir de premisas menos convencionales, pero quizá más acordes con nuestra propia naturaleza, y ayudarnos a construir una sociedad más favorable al desarrollo personal de cada uno.

Se trata, pues, no tanto de aportar ideas nuevas, de pensar, como se dice, fuera de la caja como de revolver en ella para recuperar cosas que siempre han estado ahí, y que todos conocemos, aunque quizá, entretenidos con otros juguetes, las hayamos olvidado por falta de uso. En una paráfrasis del subtítulo del conocido libro de E.F. SCHUMACHER, se trata de hacer economía como si la gente, y todo en la gente, tuviera importancia. Tratemos, pues, de hacer una lista de algunos de esos principios, sin pretender que sea, ni original, ni completa, ni indiscutible:

1. La satisfacción de las necesidades materiales de cada uno es indispensable para su desarrollo⁹.
2. Para el desarrollo de cada uno, la relación con otros es igualmente indispensable.
3. La satisfacción que proporciona haber hecho un bien a otro es tan real como el consumo de un bien material.
4. El trabajo es un elemento esencial para el desarrollo de cada uno, y no sólo un medio para percibir un salario.
5. Cada persona tiene talentos, capacidades y disposiciones distintas.
6. La experiencia ha demostrado que un mercado libre¹⁰ es una buena forma de organización económica para poner en práctica los principios anteriores.
7. El objetivo del mercado no es la maximización de la suma de los beneficios de cada uno de los participantes, sino el beneficio del conjunto (el bien común).

No es difícil ver que tomarse en serio esos principios, que no deberían llamarnos mucho la atención, trae consecuencias. Citaré sólo dos, para animarles a ustedes a extraer otras, lo que constituye, en última instancia, el propósito de esta charla.

La primera es que, si nos tomamos en serio la necesidad que cada cual tiene de trabajar y atendemos a la diversidad de capacidades y disposiciones de cada uno, llegaremos a una división del trabajo cuyo propósito último no será tanto, como en la propuesta por Adam Smith, el aumento de la productividad como la necesidad de dar a cada uno algo útil que hacer; y el desempleo, característico de la economía capitalista, será un mal no ya necesario, sino intolerable. La segunda, que si admitimos como finalidad de la economía del mercado el proporcionar una buena vida a todos sus participantes renunciamos a la maximización del beneficio individual, lo que implica que en muchas de nuestras transacciones tenemos en cuenta elementos de gratuidad, que nos guiamos a menudo por el principio de reciprocidad descrito más arriba.

Claro está que ni una ni otra de estas consecuencias constituyen ni una sorpresa ni una innovación: el movimiento de las últimas décadas de ir incorporando personas con discapacidades físicas o mentales al trabajo responde al reconocimiento de la necesidad de

⁹ El término “desarrollo” quiere ser una traducción, muy imperfecta, del término “eudaimonía”, empleado por Aristóteles para designar el bien supremo, que no puede traducirse por “felicidad”, y que hoy se traduce a menudo como “florecimiento” (*flourishing*). Sobre esto, v. MacINTYRE, cit., pp. 57 y ss.

¹⁰ Es decir: en el que los participantes poseen un mínimo de información, de tal modo que saben bastante bien lo que compran; en el que los participantes son racionales, es decir, que saben lo que hacen; y en el que existen reglas bien definidas por una autoridad central encargada de velar por su aplicación. La variedad capitalista suele incumplir por lo menos la primera de esas características. V. sobre esto ZAMAGNI, cit.

éste, y el principio de reciprocidad lo aplicamos a menudo en nuestras relaciones económicas, no sólo en el mercado, sino dentro de la empresa. Pero en la concepción capitalista de la economía se trata de actividades o actitudes marginales, cuando no vergonzantes o incluso reprobables. Si nos tomamos en serio los principios anteriores, por el contrario, les otorgamos carta de naturaleza en el mismo grado que a la búsqueda de la eficiencia o del beneficio privado.

No hace falta decir que muchos de los términos que he usado en esos principios requieren una definición más precisa; algunos la tienen, sin que satisfaga a todo el mundo. Tampoco hay que pensar que la idea de una sociedad edificada sobre estos principios no sea nueva, aunque nunca haya llegado a su concreción total: se encuentra en el llamado humanismo civil de la Italia de los s. XIII a XV, una escuela de pensamiento cuya influencia desapareció con el apogeo de la Ilustración¹¹.

A modo de conclusión

El propósito de esta charla ha sido mostrar un camino que puede sacarnos del callejón sin salida en que parece irnos metiendo la importancia creciente que otorgamos a la lógica del supermercado, no iniciando un camino distinto, sino ensanchando el actual: recuperando nociones ya sabidas, reconociendo que nuestra conducta ordinaria es mucho más que una búsqueda exclusiva del beneficio individual inmediato (que a eso se reduce, en realidad, la búsqueda de la eficiencia), otorgando a bienes que apreciamos la misma importancia en la práctica que a aquéllos, materiales, de que disfrutamos, recordando que la existencia de cada uno está entrelazada con la de los demás, y, eso sí, actuando en consecuencia. Comportarse de acuerdo con esos principios es posible, pero nada fácil, porque la lógica del supermercado favorece un determinado orden social cuyos beneficiarios principales opondrán sin duda resistencia: lo estamos viendo hoy, cuando los que más se han beneficiado de la situación de crisis se oponen a cualquier intento de reforma dirigido a hacer las crisis menos probables, pero también a reducir sus beneficios.

He tratado de mostrar que una acción bien dirigida debe empezar examinando los conceptos antes de empezar a mover las cosas. Por eso, aunque nada de lo dicho merece el nombre de filosofía, quisiera dejarles con la reflexión de un filósofo:

“La filosofía lo deja todo como está, salvo los conceptos. Y como poseer un concepto implica comportarse, o ser capaz de comportarse, de cierta manera en determinadas circunstancias, alterar los conceptos (...) es alterar la conducta”¹².

Muchas gracias.

¹¹ V. sobre esto ZAMAGNI, cit., *passim*, y BRUNI y ZAMAGNI, *Economía civile* (2004), caps. II a IV.

¹² MacINTYRE, cit., p.3.